

NORTE

TERCERA EPOCA - REVISTA HISPANO - AMERICANA - NUM. 259



Publicación bimestral del Frente de Afirmación Hispanista, A.C.
Lago Ginebra No. 47 C, México
17, D.F. Tel.: 541-15-46. Registrada como correspondencia de
2a. clase en la Administración
de Correos No. 1 de México, D.F.
el día 14 de junio de 1963.

Fundador: Alfonso Camín
Meana.

**Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial.**

DIRECTOR

Fredo Arias de la Canal

DISEÑO GRAFICO

Jorge Silva Izazaga

ASESORES CULTURALES

Leopoldo de Samaniego
Joaquim Montezuma de
Carvalho
César Tiempo

COORDINACION

Berenice Garmendia
Daniel García Caballero

COLABORADORES: Víctor
Maicas, Emilio Marín Pérez,
Albino Suárez, Juan Cervera,
José Armagno Cosentino, Mi-
guel Angel Rodríguez Rea,
Luis Ricardo Furlán y Ernesto
Lehfeld Miller.

El contenido de cada artículo
publicado en esta revista, es
de la exclusiva responsabili-
dad de su firmante.

Impresa y encuadrernada en
Editora Nacional

Agropecuaria, S. A.

Av. Río Consulado

No. 55, México 17, D. F.

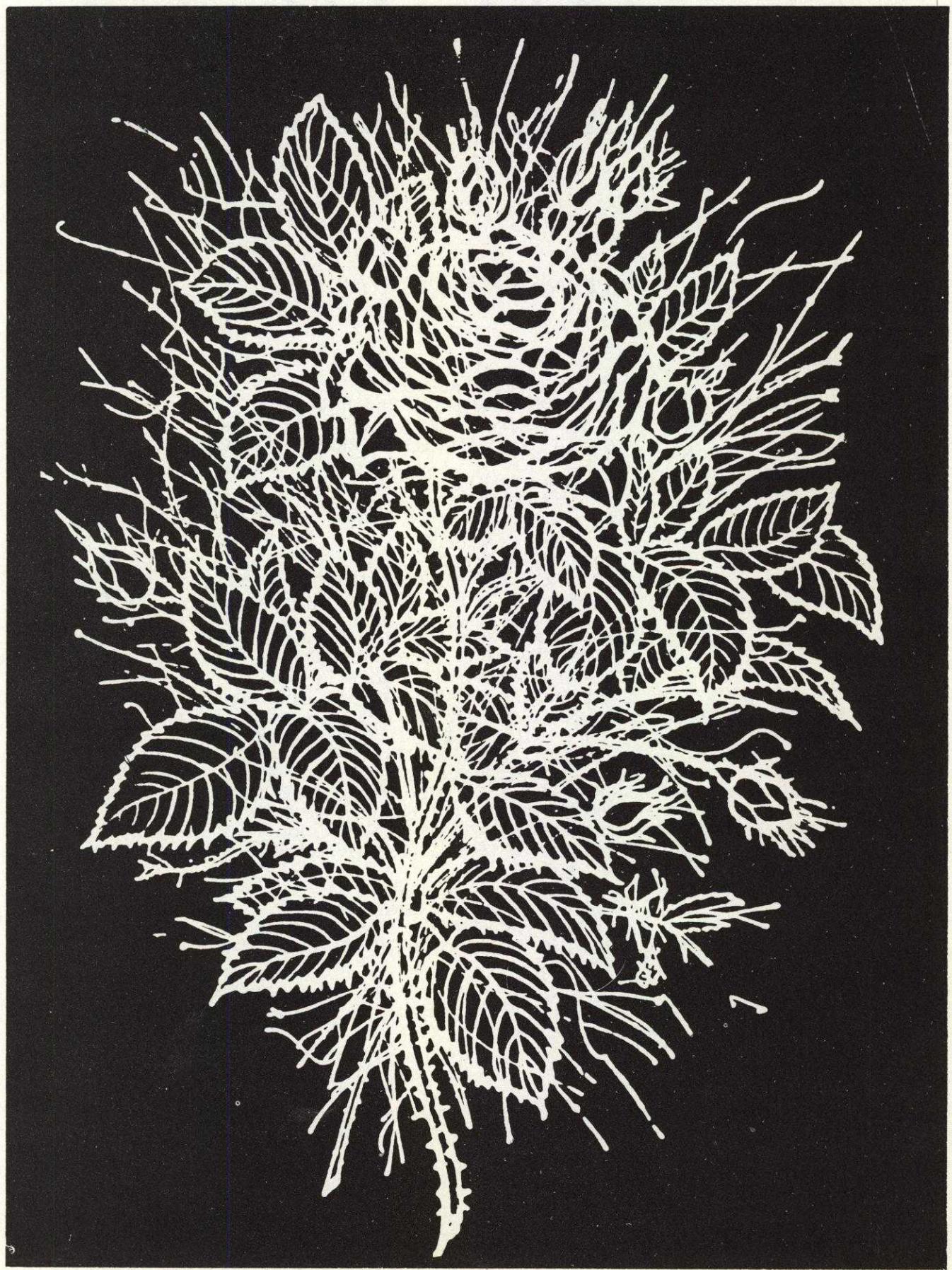
NORTE

TERCERA ÉPOCA - REVISTA HISPANO-AMERICANA

NUM. 259

SUMARIO

EDITORIAL: ROSAS NEGRAS	5
RELIGION Y POLITICA. Rudolf Rocker	11
FELIX MARTI IBAÑEZ. Agustín Cueva Tamariz	19
CARTA DE LILIANA ECHEVERRIA DRUMMOND	20
"LA VIRGEN DE LA SOLEDAD". Agustín Lanuza	21
"PABLO NERUDA". Primo Castrillo	22
DOÑA MENCIA CALDERON. Lucy Etel García Vargas	25
VICTOR DELHEZ. UN GOTICO DEL SIGLO XX. Fernando Díez de Medina	27
JOSE MARIA CUNDIN. Jorge Palomino y Cañedo	35
EL TANGO Y EL PSICOANALISIS. Fredo Arias de la Canal	43
ACERCA DEL ALEPH DE JORGE LUIS BORGES... Y DE CAMOENS. Joaquim Montezuma de Carvalho	55
"LA CITÁ". "EL VASO". José R. Muñiz	56
"LOS SEDIENTOS". Antonio Pereira	57
"LA PLAZA MAYOR". Antonio Pereira	59
EVOCACION DE ANTONIO MACHADO. Víctor Maicas	61
ICONOGRAFIA DE BECQUER. Luis Ricardo Furlán	63
"DIEZ HOJAS DE LAUREL". Horacio Turner	64
"QUIENES AHORA CAMINAN POR MI CEREBRO NO SERAN DESTRUIDOS POR EL FUEGO". Manuel Ruano	64
LA REBELION DEL HOMBRE MADURO. Edmundo Bergler	64
UN CERVECERO DEL NUEVO MUNDO. Emilio Marín Pérez	71
CONTROL FISICO DE LA MENTE. José M. R. Delgado	75
"DIENTE DE LEON Y FLOR DE ALMENDRO". Carl-Erik Sjoberg	77
"ENIGMA". Luis de Laudo	77
CARTAS DE LA COMUNIDAD	78
PATROCINADORES	79
PORTADA Y CONTRAPORTADA: José María Cundín	



Rosas negras

La suerte que la Vida nos concede
es llanto y es dolor.
Dichoso aquel que, apenas nace, muere
semejando a la flor;
y dichoso mil veces todavía
quien, con suerte mejor,
se libra de nacer, que así no sufre
el odio ni el amor.

Omar Kayam. Siglo XI

Deleitándome con la deliciosa traducción que del poema hebreo *El Cantar de los Cantares*, hizo uno de los más grandes poetas líricos de la lengua española: Luis Ponce de León, también conocido por el nombre de Fray Luis; libando la miel de sus traslados, digo, que a fuer de fieles y cabales embelesan los sentidos; sentidos afortunados de escuchar los mensajes de los suavísimos sentimientos estéticos del rey y profeta Salomón; disfrutando del fenómeno humano de la repetición amorosa en estas endechas lírico-eróticas, me encontré con la exposición que de la sentencia "yo rosa del campo" hizo nuestro insigne traductor, y que a letra dice:

"**Yo rosa del campo:** la palabra hebrea es *habatzeleth*, que según los más doctos en aquella lengua, no es cualquiera rosa, sino una especie de ellas en la color negra, pero muy hermosa y de gentil olor".

En mi extraño afán de conocer a los poetas, quizá porque hay varios en mi familia; en mi denodada lucha por entrever los graves secretos del alma de los seres líricos, mis desvelos literarios me han conducido a las fuentes en que han bebido los grandes de la poesía, pensando que quizás el agua de esas fuentes tuviera un atributo maravilloso para desarrollar los simbolismos estéticos.

En otra ocasión he tratado de comprobar que el poeta está cerca de la muerte, y que por esta razón las huelgas tanáticas se encontrarán siempre en los versos de los mejores líricos. También los poetas sufren de identificaciones masoquistas con los débiles, los vencidos, los abandonados, los necesitados y los moribundos, y en ciertas ocasiones sufren identificaciones hasta con los propios muertos. Recordemos a Becquer:

**¡Dios mío! qué solos
se quedan los muertos.**

Es natural, pues, que las sentenciadas a muerte sean de la especial simpatía de los poetas, y especialmente si las sentenciadas son bellas... tan bellas como una rosa, ya que la identificación del poeta en estos casos es doble: primero se identifica con el exhibicionismo estético, y después con la inevitabilidad de la muerte. A continuación tendrá el placer de mostrar mi colección de rosas negras.

Ben Al-Zaqqaq (árabe-español, siglo XII):

Las rosas se han esparcido en el río, y los vientos, al pasar, las han escalonado con su soplo,
como si el río fuese la coraza de un héroe, desgarrada
por la lanza, y en la que corre la sangre de las heridas.

Acimi (persa, siglo XIII):

Aquel día en que la rosa
reina de todas las flores
del vergel,
apareció esplendorosa,
bordó el alba con colores
su dosel.

Con la humildad del vasallo
y los fuegos anhelantes
del amar,
vinieron junto a su tallo
mil ruiseñores amantes
a trinar.

Mas las ráfagas de otoño,
de las galas estivales
dieron fin,
y no quedó ni un retoño
de aquel rey de los rosales
del jardín.

Su dueño me mostró un día
el sitio en que sonrojada
aquella flor,
al sol naciente se abría,
como virgen desposada
al nuevo amor.

Al contemplar sus despojos
cual emblemas de este mundo
terrenal,
sentí asomarse a mis ojos
de las penas el profundo
manantial.

Era noche todavía;
el triste fin recordando
de la flor,
al nacer el nuevo día
caí sin fuerzas, llorando
de dolor.

Pierre de Ronsard (francés, 1524-1585):

Niña, ven a ver si la rosa
que abrió a la luz esplendorosa
del alba el purpúreo vestido,
conserva, en la tarde que fina,
la vestidura purpurina
de tono al tuyo parecido.

Mira cómo en espacio breve
hizo caer el viento aleve
jah, cuitada! su lozanía.
¡Oh, madrastra naturaleza,
que a flor de tan gentil belleza
dejas vivir un solo día!

Sigue, pues, niña, mi consejo:
mientras el florido cortejo
de tus años fragante dura,
tu fresca juventud cosecha;
que, así como esta flor, deshecha,
dejará el tiempo tu hermosura.

Luis de Góngora (español, 1561-1627):

Ayer naciste, y morirás mañana.
¿Para tan breve ser, quién te dio vida?
¿Para vivir tan poco estás lucida,
y para no ser nada estás lozana?

Si te engaño tu hermosura vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en tu hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.

Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.

No salgas, que te aguarda algún tirano;
dilata tu nacer para tu vida,
que anticipas tu ser para tu muerte.

Francisco López de Zárate (español, 1580-1659):

Atomos son al sol cuantas beldades
con presunción de vida siendo flores,
siendo caducos todos sus primores
respiran anhelando eternidades.

La rosa, ¿cuándo, cuándo llegó a edades
con todos sus fantásticos honores?
¿no son pompas, alientos y colores
rápidas, fugitivas brevedades?

Tú de flor y de rosa presumida,
mira si te consigue algún seguro
ser en gracias a todas preferida;
ni es reparo beldad, ni salud muro,
pues va de no tener a vida
ser polvo iluminado o polvo oscuro.

Francisco de Quevedo (español, 1580-1645):

Rosal, menos presunción
donde están las clavellinas,
pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.

¿De qué sirve presumir,
rosal, de buen parecer,
si aún no acabas de nacer
cuando empiezas a morir?

Hace llorar y reír,
vivo y muerto tu arrebol:
en un día o en un sol;
desde el oriente al ocaso

va tu hermosura en un paso,
y en menos tu perfección.
Rosal, menos presunción
donde están las clavellinas,

pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.
No es muy grande la ventaja
que tu calidad mejora;

si es tus mantillas la aurora,
es la noche tu mortaja;
no hay florecilla tan baja
que no te alcance de días,

y de tus caballerías,
por descendiente del alba,
se está riendo la malva,
cabellera de un terrón.

Rosal, menos presunción
donde están las clavellinas,
pues serán mañana espinas
las que agora rosas son.

Francisco de Rioja (español, 1583-1659)

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,
¿cómo naces tan llena de alegría
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama
ni tu púrpura hermosa
a detener un punto
la ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado,
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
te dio Amor de sus alas blancas plumas,

y oro de su cabello dio a tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color sangre divina
de la deidad que dieron las espumas,
y esto, purpúrea flor, y esto, ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate silencioso su ardimiento
el color y el aliento;
tiendes aun no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia, tu nacimiento o muerte llora.

George Herbert (inglés, 1593-1632):

Dulces nupcias del cielo con la tierra,
joh puro día añil!
Llorará tu crepúsculo el rocío,
pues tendrás que morir.

¡Oh rosa fulgurante que deslumbras
con tu vivo matiz!
Tu raíz yace siempre en tu sepulcro,
donde habrás de morir.

¡Oh tú de rosas y horas dulces llena,
primavera gentil!
Mis cadencias demuestran que agonizas;
pronto habrás de morir.

Tan sólo el alma dulce y virtuosa
madera es en sazón,
pues si el mundo quedara hecho cenizas
viviría mejor.

Pedro Calderón de la Barca (español, 1600-1681):

Estas que fueron pompa y alegría
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la vida humana:
¡tanto se aprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecerse florecieron:
cuna y sepulcro en un botón hallaron.
Tales los hombres sus fortunas vieron;
en un día nacieron y expiraron;
que pasados los siglos horas fueron.

Gabriel de Bocángel y Unzueta (español, 1608-1658):

Cobróte el cielo en tu primer mañana
humana flor, no muerta, interrumpida,
en fe de que viviste aquí ofendida
ese instante no más que fuiste humana;
¡qué temprano quedó tu nieve o grana
de las iras del viento sacudida!
¡Qué tarde a mi esperanza con tu vida
has enseñado a escarmentar de vana!
Si es que a la patria de la luz que pisas
ruego mortal de amante voz alcanza
en mérito de amar lo que no veo,
si es que tu arbitrio en tu poder avisas,
pues sabes que moriste mi esperanza,
haz que sepa que faltas mi deseo.

Luis de Sandoval y Zapata (novohispano, siglo XVII):

1

Esa rosa, que en verde movimiento
la despeñó Faetón de primer hora:
que siendo travesura de la aurora,
la burló su carmín el primer viento.

Vio tan efímero su lucimiento,
que huéspeda de un breve sol se llora.
El mismo sol la entierra, que la dora:
tan cerca está la muerte del aliento.

¡Qué tasada respira una ventura!
Aun sin llegar a dos auroras frías,
topó el hierro fatal tan bella suerte:

Pierde respiraciones, y hermosura,
que si ha de envejecerse con los días,
mayor mal es la vida que la muerte.

2

Flor, del ámbar purpúreo desteñida,
con el oriente tu carmín sellaste,
y en la jurisdicción de nueva, hallaste
lazos a la prisión de detenida.

En accidente temporal vivida,
aire tan fugitivo respiraste,
que no supiste, cuando te acabaste,
si tuvo visos de verdad tu vida.

Sombra florida de la luz del prado,
al túmulo te fuiste desde el nido,
de incierto respirar a olvido cierto.

Fragil posesión es, que no has dejado,
ni la probanza del haber vivido,
ni la ventura del haberte muerto.

3

Flor, a quien el Favonio blando bate:
con tantas lenguas, cuantas plumas bellas,

madrugaste a hablar con las estrellas,
ave de luz con pico de granate.

Peligros son, cuantas centellas cate,
volcán, que sobre el céfiro descuellas.
La misma vanidad de tus centellas,
es munición, que a tu beldad combate.

No ansiosa rompas el umbral del nido,
mira, que para estar anochecida,
basta el exordio de querer lucirse.

No te escribas periodo tan florido,
porque en estos papeles de la vida,
más fácil es borrarse que escribirse.

4

¿Ves esa flor, ves esa pompa breve,
esa del mayo rueda numerosa,
en cielo de verdor luz olorosa?
Pues tantos riesgos, cuantas puntas mueve.

Vegetal blanco, pájaro de nieve
por la región del aire luminosa,
corriendo al monumento presurosa,
sus exhalados ámbares se bebe.

En el espejo líquido del hielo,
a lienzo blanco o cristalina alfombra,
en especies y sombras retratada:

Uno parece todo en aquel velo,
lo mismo es la hermosura que la sombra,
lo mismo es el aliento que la nada.

5

En camarines del abril, doncella,
al balcón del pimpollo te asomaste.
Nieve te ardiste, cuando luz te helaste,
sobre los cielos de un pensil estrella.

De los pasos del sol ardiente huella,
como él iba volando, te borraste:
moriste en el pimpollo que pisaste.
Verdor te arrulla y túmulo te sella.

Para la duración, que te contaron,
tuviste el alimento de dos días,
luz presurosa te apagaste triste.

Los aientos que diste, te tasaron:
lo menos fue tu muerte, que ya habías
empezado a morir cuando naciste.

Juana Inés de Asbaje (novohispana, 1648-1695):

Rosa divina que en gentil cultura
eres, con tu fragante sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán alta en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
y luego desmayada y encogida

de tu caduco ser das mustias señas,
con que con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas y muriendo enseñas!

Carlos Fernández Shaw (español, 1865-1911):

... Ya se van acortando las tardes, bien mío;
ya más pronto las gotas del fresco rocío
descienden al cáliz gentil de la flor.

¡Ya se van deshojando las rosas!

¡Por lo mismo que son tan hermosas,
se van para siempre!... ¡Con ellas, mi amor!

Manuel Granell Muñiz (español):

I
De la rosa —primor que hiere y canta—
me vienen en volandas los latidos.

Por la pleamar del gozo, mis sentidos
palpando cielo ceden su alta planta.

Ay, la fragancia de la rosa es tanta
que, en su rapto de espumas, poseídos,
se desmayan absortos, seducidos,
los suspiros que encanta y solivianta.

Y así la rosa —realidad en presencia—,
por el amplio camino de su esencia
invita a los desmayos siderales,
mientras el alma, plena de lo dado,
se agolpa en el sensual rumor granado
y desnace del mundo en espirales.

II

Desde el íntimo ardor soliviantada,
su ceñida fragancia se desvela
y en la cumbre carnal de la luz vuela
hasta cuajarse en gozo a la mirada.
En cielos de ternura nacarada,
trémula de pasión, su pompa anhela
saltar de cada pétalo y estela
por rendirse a la brisa enamorada.
Con plenitud de ser, su vida breve
en breve espacio plenitud alienta.
Suyo el destino audaz, con él se atreve.

Y cuando, ya agotado el ardor, halla
inútil el intento, ya no intenta:
en el logro del gozo se desmaya.

III

Embriagada del sol, en pompa abierta
el radiante esplendor, lumbre gozosa
brotando desde el tallo en que reposa
por desmayarse al logro del alerta,
la emoción de la rosa se despierta
en carnal plenitud, y, numerosa,
se entrega en cada pétalo por rosa,
aunque en única rosa lo concierta.
No diluye su brío en duermevela;
se aprieta el corazón y en sólo un grito
agota el amplio cielo donde vuela;
pues, desbordando el fiel del apetito,
logra por la encendida bagatela
cuajar su llama en pálpito infinito.

Alfonsina Storni (argentina, 1892-1938):

El rosal en su inquieto modo de florecer
va quemando la savia que alimenta su ser.
¡Fijaos en las rosas que caen del rosal!
Tantas son que la planta morirá de este mal!
El rosal no es adulto y su vida impaciente
se consume al dar flores precipitadamente.

Jorge Luis Borges (argentino, 1899):

La rosa,
la inmarcesible rosa que no canto,
la que es peso y fragancia,
la del negro jardín en la alta noche,
la de cualquier jardín y cualquier tarde,
la rosa que resurge de la tenue
ceniza por el arte de la alquimia,
la rosa de los persas y de Ariosto,
la que siempre está sola,
la que siempre es la rosa de las rosas,
la joven flor platónica,
la ardiente y ciega rosa que no canto,
la rosa inalcanzable.



Pablo Neruda (chileno, 1904-1973):

Araucanía, rosa mojada, diviso
adentro de mí mismo o en las provincias del agua
tus raíces, las copas de los desenterrados
con los alerces rotos, las araucarias muertas,
¡y tu nombre reluce en mis capítulos
como los peces pescados en el canasto amarillo!
Eres también patria plateada y hueles mal,
a rencor, a borrasca, a escalofrío.

Hoy que un día creció para ser ancho
como la tierra o más extenso aún,
cuando se abrió la luz mostrando el territorio
llegó tu lluvia y trajo en sus espadas
el retrato de ayer acribillado,
el amor de la tierra insopportable,
con aquellos caminos que me llevan
al Polo Sur, entre áboles quemados.

Miguel Hernández (español, 1910-1942):

Si nosotros viviéramos
lo que la rosa, con su intensidad,
el profundo perfume de los cuerpos
sería mucho más.

¡Ay, breve vida intensa
de mi día de rosales sembrar,
pasaste por la casa
igual, igual, igual
que un meteoro herido, perfumado
de hermosura y verdad!

La huella que has dejado es un abismo
con ruinas de rosal
donde un perfume que no cesa hace
que vayan nuestros cuerpos más allá.

Blanca Rosa González Barlett (argentina):

Sensiblemente —por imperativo—
la rosa que dejaras en mi mano
tendrá que marchitarse con el día...
¡Oh doloroso desencanto humano!

Siento su majestuosa lozanía
herida de rigor por un anhelo,
que pudo ser en el preciso instante
remediable, su cruel destino fiero.

El frío de la escarcha, es menos grave
que el despojo inferido al tallo ufano;
lozanía en la flor, rosa y capullo,
perfume y esplendor, ¡todo fue vano!

La preciada belleza que se extingue
tiene ya, en lo profundo del arcano,
rara similitud con el destino
auténtico tal vez, de ser humano.

No ha gustado el calor ni el dulce vuelo
de alegres y sutiles mariposas
que le ofrece Natura en los pensiles
a sus hermanas, las fragantes rosas.

El abejorro no rozó su cáliz
con sus alas de negro terciopelo,
ni al irisado picaflor le cupo
susurrar sus más tiernos devaneos.

Ni el trino de las aves, ni la brisa
apacible y fugaz de la mañana,
¡nadie!; ni el sol le supo dar el brillo
a su roja corola, tan galana.

Y sucedió por mágica apostura,
que al deshojarse, luego en el florero,
¡la sangre de su carne desprendida
ha dejado su rojo terciopelo!

¡Y al fulgor de la lámpara encendida
que la protege con amor y celo
su encendida corola es una llama
que aviva más el esplendor del cielo!

Olga Arias (mexicana):

He soñado una rosa,
más aún, me he sentido la misma flor.
Lo cruel es despertar,
desmoronarme,
irme con el polvo que arrastra el viento.

Martin Adán (peruano):

—La que nace, es la rosa inesperada;
La que muere, es la rosa consentida;
Sólo al no parecer pasa la vida,
Porque viento letal es la mirada.

—¡Cuánta segura rosa no es en nada!...
¡Si no es sino la rosa presentida!...
¡Si Dios sopla a la rosa y a la vida
Por el ojo del ciego... rosa amada!...

—Tristé y tierna, la rosa verdadera
Es el triste y el tierno sin figura,
Ninguna imagen a la luz primera.

—Deseándola deshójase el deseo...
Y quien la viere olvida, y ella dura...
¡Ay, que es así la Rosa, y no la veo!...

Antonia Carmona de Barrera (argentina):

Era la rosa, su lecho, su tesoro,
donde acunaba sus sueños el rocío;
y besaba el sol con rayos de oro
en las radiantes horas del estío.

Titilaba en su labio un casto beso
para ofrendarlo al amado, presuntuoso,
y orgullosa, soberana de su reino,
entreabre sus pétalos, la rosa.

Pero es tan ardiente, tan profundo el beso,
que tronchó la vida de la hermosa,
que al sentirse ya mustia, deshojada,
reclina la cabeza y solloza.

El rocío, que dormía en su regazo
vertió sus lágrimas, sus lágrimas de fuego,
y mezclado con el polvo que rodea
formó mortaja para cubrir su cuerpo.

El Director

RELIGION Y POLITICA

Rudolf Rocker

El que se acerca al estudio de las sociedades humanas, sin una teoría preconcebida o una "interpretación de la historia", y sabe, sobre todo, que las finalidades del hombre y los conceptos objetivos de las leyes mecánicas de la evolución cósmica no pueden equipararse, reconocerá bien pronto que en todas las épocas de la historia conocida por nosotros, se encuentran frente a frente dos poderes en lucha permanente, franca o simulada, debido a su diversidad esencial interna, a las formas típicas de actuación y a los resultados prácticos resultantes de esa diversidad. **Se habla aquí del elemento político y del factor económico en la historia**, los que también podrían denominarse elemento estatal y factor social en la evolución. Los conceptos de lo político y de lo económico se han interpretado en este caso demasiado estrechamente, pues **toda política tiene su raíz, en última instancia, en la concepción religiosa de los hombres**, mientras que **todo lo económico es de naturaleza cultural** y se halla, por eso, en el más íntimo contacto con todas las fuerzas creadoras de la vida social; generalmente se podría hablar de una oposición interna entre religión y cultura.

Entre los fenómenos políticos y económicos, o estatales y sociales o, en un sentido más amplio, entre los fenómenos religiosos y los culturales, hay más de un punto de contacto: todos emanen de la naturaleza humana y, en consecuencia, se dan en ellos diversas relaciones internas. Se trata, simplemente, pues, de examinar más a fondo la relación existente entre esos fenómenos.

Toda forma política tiene en la historia sus bases económicas determinadas, que se destacan con preferencia en las fases más modernas de los acontecimientos sociales. Pero es indiscutible, también, que las formas de la política dependen de las transformaciones en las condiciones económicas y culturales de vida, y que con ésta se modifican aquéllas. Pero la esencia más íntima de toda política permanece siempre la misma, de igual manera que el contenido esencial de toda religión persiste invariable y no cambia por la mutación de sus modalidades externas.

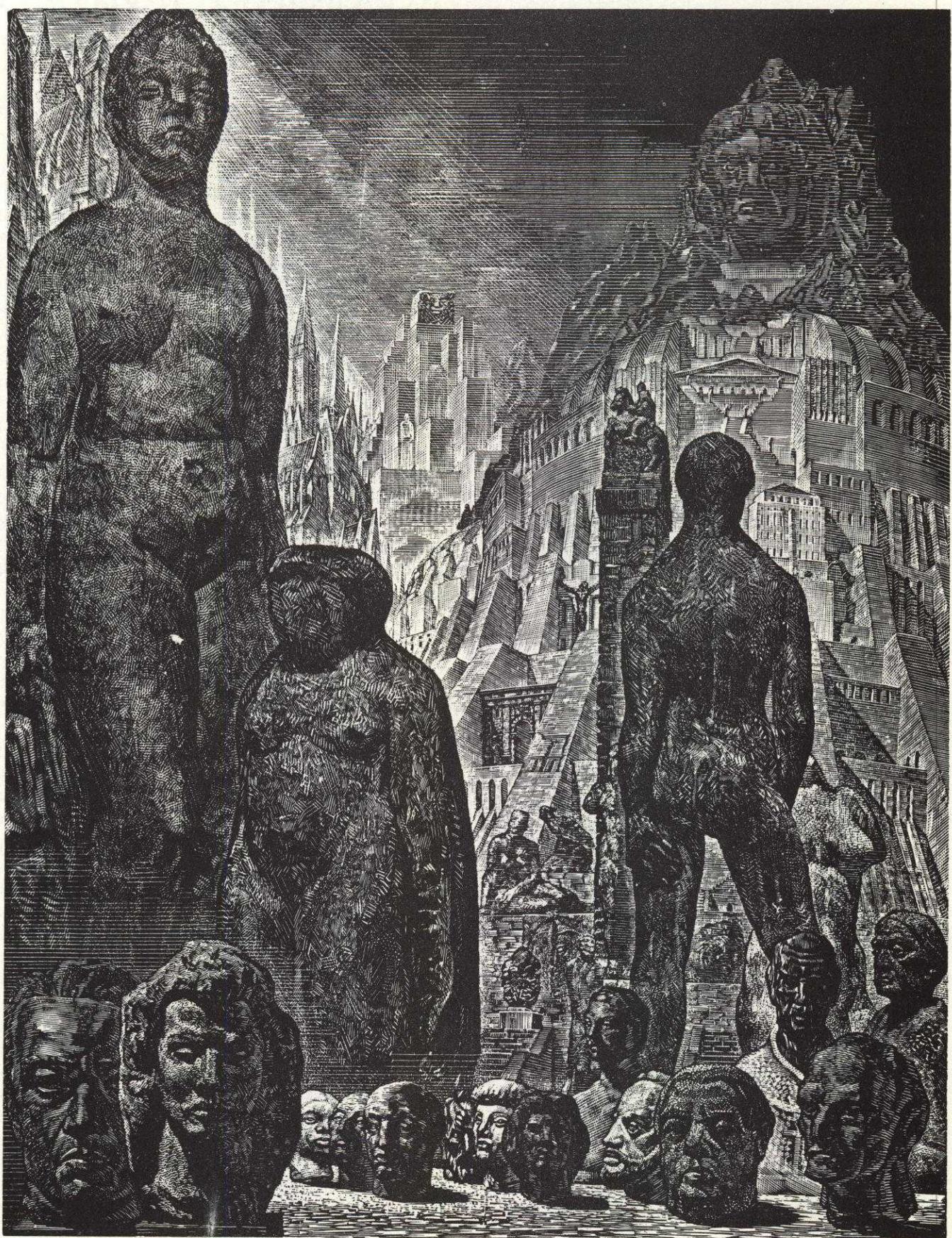
Religión y cultura arraigan ambas en el instinto de conservación del hombre, que les presta vida y figura; pero una vez vivientes, cada cual sigue su propia ruta, pues no hay entre ellas ligamentos orgánicos, y marchan, como estrellas enemigas, hacia tendencias contrapuestas. **El que desestima esa contradicción o la pasa por alto no podrá reconocer nunca claramente la honda significación de las concatenaciones históricas y de los acontecimientos sociales en general.**

Las opiniones se encuentran hoy muy divididas sobre el origen del dominio de la religión propiamente dicho. Se conviene, es verdad, bastante generalmente, en que la cimentación de las concepciones religiosas del hombre es imposible por el camino de la filosofía especulativa. Se ha comprendido que la interpretación hegeliana, según la cual **la religión no representa** más que **la elevación interna del espíritu hacia lo absoluto**, pretendiendo encontrar así la unidad de lo divino y de lo humano, **debe juzgarse como fraseología inocua** que no permite explicar de ninguna manera la evolución religiosa. Es igualmente arbitrario el "filósofo de lo absoluto", que atribuyó a cada nación un destino histórico especial, cuando afirma que todo pueblo es en la historia vehículo de una forma típica de religión: **los chinos, de la religión de la masa; los caldeos, de la religión del dolor; los griegos, de la religión de la belleza**, etc., hasta que, finalmente, la serie de los distintos sistemas religiosos culminó en el cristianismo, la "religión revelada", cuyos adeptos han reconocido, en la persona de Cristo, **la unidad de lo divino y lo humano**.

La ciencia ha vuelto a los hombres, más críticos. Se comprende hoy que toda investigación del origen y de la formación gradual de la religión, debe hacerse de acuerdo a los mismos métodos de que se sirven en nuestros días la sociología y la psicología, para conocer en sus comienzos los fenómenos de la vida social y espiritual.

La opinión difundida antes por el filólogo inglés Máx Müller, que quería reconocer en la religión el impulso interior del hombre a interpretar lo infinito, y sostenía que la impresión de los poderes naturales originó en el ser humano los primeros sentimientos religiosos, y que por tanto no se yerra cuando se considera, en general, el culto a la naturaleza como la primera forma de la religión, no encuentra ya apenas adeptos. La mayoría de los representantes de la investigación religioso-etnológica opinan que el animismo, **la creencia en los espíritus o en las almas de los muertos, debe tenerse por la primera etapa de la conciencia religiosa en el hombre**.

Todo el modo de vida de los primitivos nómadas, su relativa ignorancia, la **influencia psíquica de sus sueños**, su incomprendición ante la muerte, los ayunos forzados a que habían de acomodarse a menudo, los convirtieron en "videntes" natos, en quienes **la creencia en los espíritus estaban por así decirlo, en su sangre**. Lo que sentían ante los espíritus con que su poder imaginativo pobló el mundo, era simplemente miedo. Ese miedo los obsesionó tanto más, cuanto que no tenían qué habérselas con un enemigo ordinario, sino con **poderes invisibles**, hasta los



Grabado de Victor Delhez (Ver páginas 26 a 31)

cuales no se podía llegar por la vía ordinaria. Pero así apareció la necesidad de asegurarse la benevolencia de aquellos poderes, de escapar a sus perfidias y de conquistar su apoyo por algún medio. Es el mero instinto de conservación del hombre primitivo lo que se manifestaba así.

A la creencia en las almas correspondió luego el fetichismo, la presunción de que el espíritu ha buscado encarnación en un objeto cualquiera o en un lugar determinado; una creencia que persiste en las supersticiones de muchos hombres civilizados, convencidos de que hay "duendes" y de que existen lugares donde no se está "seguro". También el culto a las reliquias en el lamaísmo y en la Iglesia católica es, por su esencia, fetichismo. Hay opiniones diversas sobre si el animismo y las primeras representaciones groseras del fetichismo, pueden ser considerados como religión; pero no existe ninguna duda de que es aquí donde hay que buscar el punto de partida de todas las concepciones religiosas.

La verdadera religión comienza con la alianza del hombre y del "espíritu", expresada en el culto. Para los primitivos, el "espíritu" o el "alma" no son conceptos abstractos, sino nociones absolutamente corpóreas. Por eso es muy natural que traten de testimoniar a los espíritus su veneración y su sumisión por medio de pruebas palpables. Nació así en su cerebro la idea del sacrificio, y como la experiencia les puso por delante que la vida del animal muerto o del enemigo asesinado deja el cuerpo con la sangre que mana de las heridas, supieron ya desde temprano que la sangre es verdaderamente "una substancia muy singular". Esa comprobación dio también su carácter esencial a la idea del sacrificio. El sacrificio sanguíneo fue seguramente la primera forma de sacrificio, pues estaba condicionado además por la calidad de cazadores de los hombres primitivos. La idea del sacrificio sanguíneo, que corresponde sin duda a las adquisiciones más antiguas de la conciencia religiosa, persiste en las grandes religiones del presente. La transformación simbólica del pan y del vino en la misa cristiana, en la "carne y la sangre de Cristo", es prueba de ello.

El sacrificio se convirtió en el centro de todas las prácticas y solemnidades religiosas; éstas se expresaron en conjuros, danzas y cánticos, y se erigieron poco a poco en un ritual determinado. Es muy probable que el culto al sacrificio tuviese primero un carácter puramente personal; todo individuo, impulsado por su necesidad, podía hacer la ofrenda; pero esa condición no ha debido prolongarse mucho tiempo, siendo luego practicado el sacrificio por un sacerdote profesional, al modo de los sha-

manes, curanderos, adivinos, gangas, etc. La evolución del fetichismo al totemismo, como denomina una palabra india a la creencia en una divinidad tribal, que se encarna de ordinario en un animal del que la tribu deriva su origen, ha favorecido mucho el desarrollo de una clase sacerdotal de agoreros. Pero así recibió un carácter social que no había tenido hasta entonces.

Considerada la evolución gradual de la religión a la luz de su propio desarrollo, se llega a la convicción de que son dos los fenómenos que determinan su esencia: **La religión es primeramente el sentimiento de la dependencia del hombre a poderes superiores desconocidos.** Para congraciarse con esos poderes y preservarse contra sus influencias funestas, el instinto de conservación del hombre impulsa a la búsqueda de medios y caminos que ofrezcan la posibilidad de conseguir ese propósito. **Así surge el rito**, que da a la religión su carácter externo.

Se ha supuesto, lo que tiene a su favor algunas probabilidades, que la idea del sacrificio se puede atribuir realmente al hecho de que en las agrupaciones humanas de la prehistoria, existía ya la costumbre de **ofrecer a los jefes de la tribu o caudillos, regalos voluntarios o forzosos**. Pero, sin embargo, nos parece demasiado atrevida la afirmación de que el hombre primitivo no habría caído nunca en la idea del sacrificio sin esa costumbre. Las concepciones religiosas aparecieron siempre antes de que en el cerebro humano brotase el porqué, la explicación de las cosas. Esto último presupone ya un desarrollo espiritual considerable. Por eso hay que presumir que pasó un largo período antes de que ese problema pudiera preocupar al espíritu humano. La representación que el hombre primitivo se formó del ambiente circundante, fue primero de naturaleza puramente sensible, lo mismo que el niño percibe los objetos de su ambiente —primero de un modo sensible—, y se sirve de ellos mucho antes de que se le presente el problema de la causa de su existencia. Además, todavía existe en muchas poblaciones salvajes la costumbre de hacer participar a los espíritus de los muertos en la comida, y casi todas las festividades de las tribus primitivas están ligadas al rito de la ofrenda. De ahí que sea muy posible que la idea del sacrificio como ofrenda, pudiera nacer sin una institución social previa de naturaleza afín.

Como quiera que sea, la verdad es que en todo sistema religioso manifestado en el curso de los siglos, se reflejo la condición de dependencia del hombre ante un poder superior, al que dio vida su propia fuerza imaginativa y del cual se convirtió luego en un esclavo. Todas las divi-



nidades tuvieron su época, pero la religión misma ha persistido inmutable en su esencia, a pesar de las transmutaciones de sus formas externas. **Fue siempre la ilusión a la que se sacrificó el ser efectivo del hombre, como víctima; el creador se convirtió en el siervo de su propia criatura, sin que hubiese llegado a su conciencia siquiera la tragedia interna de ese hecho.** Sólo porque en el más profundo núcleo esencial de toda religión no se ha operado nunca un cambio, pudo el conocido pedagogo religioso alemán Konig escribir en su manual para la enseñanza religiosa católica, estas palabras: "La religión, en general, es el conocimiento y la veneración de Dios, y sobre todo la relación del hombre con Dios como su amo supremo".

Así la religión estuvo confundida ya desde sus primeros comienzos precarios, del modo más íntimo, con la noción del poder, de la superioridad sobrenatural, de la coacción sobre los creyentes; en una palabra, con la dominación. La moderna investigación filológica ha podido comprobar eso en numerosos casos, pues hasta los nombres de las diversas divinidades coinciden originariamente con aquellos conceptos en que se encarna la representación del poder. No en vano sostienen su origen divino todos los representantes del principio de autoridad, pues la divinidad se les presenta como la encarnación de todo poder y de toda fortaleza. Ya en los mitos más primitivos aparecen héroes, conquistadores, legisladores, antepasados de tribus como divinidades o semidioses, pues su grandeza o superioridad no podrían ser más que de origen divino. **Pero así llegamos a la causa más profunda de todo sistema de dominio, y comprobamos que toda política, en última instancia, es religiosa, y como tal pretende mantener al espíritu del hombre en las cadenas de la dependencia.**

Si el sentimiento religioso ha sido ya en sus primeros comienzos, solamente un reflejo abstracto de las condiciones terrestres del poder, como han sostenido Nordau y otros, éste es un problema sobre el que se puede discutir. El que se imagina la condición primitiva de la humanidad como "guerra de todos contra todos", según hicieron Hobbes y sus numerosos sucesores, estará muy inclinado a ver, en el carácter maligno y violento de las divinidades originarias, un fiel retrato de los caudillos despóticos y de los jefes hábiles en la guerra, que llevaban el temor y el terror a sus propios compañeros de tribu y a los grupos humanos extraños. Hasta no ha mucho hemos considerado a los actuales "salvajes", de una manera muy parecida, como individuos pérnidamente

cruellos, que sólo pensaban en al asesinato y en el robo. Hasta que los resultados repetidos de la moderna etnología, en todo el globo, nos demostraron lo falsa que era esa interpretación.

El hecho de que el hombre primitivo se imagine sus espíritus y sus dioses, por lo general tan violentos y terroríficos, no debe atribuirse absolutamente a los modelos terrenales. Todo lo desconocido, inaccesible para la simple razón, obra de manera siniestra y amedrentadora sobre el espíritu. De lo siniestro a lo horripilante y amedrentador, no hay más que un paso. Tal ha debido ser el caso en aquellos lejanos tiempos, cuando la fuerza de imaginación del hombre no había sido influida todavía por milenarios de experiencias para incitarle a lógicas contrapuebas. Pero aun cuando no toda noción religiosa haya de atribuirse al ejercicio del poder terrenal, es indudable que en épocas posteriores del desenvolvimiento humano, las formas externas de la religión han sido determinadas diversamente por las realidades del poder de individuos o de pequeñas minorías en la sociedad.

Toda dominación de determinados grupos humanos sobre otros, partió del deseo de apropiarse de los productos del trabajo, de las herramientas o de las armas de éstos, o de expulsarlos de un cierto territorio que pareció más ventajoso para la obtención del sustento vital. Es muy probable que los vencedores se contentasen largo tiempo con esa simple forma de robo, y que aniquilasen a los adversarios en caso de encontrar resistencia. **Hasta que, poco a poco, se comprendió que era más conveniente hacer tributarios a los vencidos, o someterles a un nuevo orden de cosas, gobernando sobre ellos, y echando así el fundamento de la esclavitud.** Esto era tanto más fácil cuanto que la solidaridad mutua no se extendía más allá de los miembros de la misma tribu, y encontraba sus límites en ella. Todos los sistemas de dominio han sido originariamente dominaciones por extraños; los vencedores formaban una casta privilegiada especial que subyugaba a los vencidos. Regularmente eran tribus nómadas, de cazadores, las que imponían su dominio a aglomeraciones ya sedentarias y agrícolas. La caza, que exigía energía y resistencia continuas, hizo al hombre naturalmente guerrero y amigo del botín, lo que, en el fondo, es la misma cosa. Pero el agricultor, ligado al hogar y a la tierra, y cuya vida transcurre, por término medio, sin peligros y pacíficamente, no es, en general, amigo de las contiendas violentas. Por eso no resistió sino en raras ocasiones a las tribus guerreras, y se sometió bastante fácilmente cuando la dominación extraña no fue del todo opresiva.